

## SUTILEZAS DE UN RECONOCIMIENTO

No toca más de una vez vivir acontecimientos tristes de distinto tipo. Muchas veces nos sentimos desconcertados a causa de hechos que no esperábamos, que nos producen tristeza, desconcierto, desilusión y un sentimiento de absurdo. Y estas cosas suceden en el entorno más cercano, pero también en ocasiones son acontecimientos públicos. Actualmente no es tan fácil procesar experiencias como estas, porque siempre hay mucho ruido a nuestro alrededor, agitación, comentarios, noticias, rumores, versiones encontradas. En medio de esto no es raro que nos de ganas de salir corriendo y de dejar todo atrás, para recuperar algo de paz.

Esta dinámica parece tan propia de estos tiempos, pero resulta que podemos comprobar que no es así; que hay algo muy propio de nuestra humanidad en el movimiento que desencadenan acontecimientos que nos estremecen. El evangelio de hoy nos habla justamente de esto, y nos permite adquirir una mayor sabiduría espiritual contemplando nuestras experiencias y la de los protagonistas del evangelio de hoy.

Los discípulos de Emaús caminan “conversando y discutiendo”. No están en silencio interior, sino llenos de ruido, de interpretaciones, de versiones cruzadas. Algo muy parecido a nuestra cultura actual sobre informada, hiperconectada, pero muchas veces incapaz de llegar a una verdad que consuele o unifique. Hoy también caminamos hablando mucho, pero comprendiendo poco.

Estos discípulos se van de Jerusalén a Emaús, distante a unos 12 kilómetros, es decir, se alejan del lugar donde todo ha sucedido. Es el movimiento de quien pierde la esperanza y se retira. En ese sentido, Emaús representa muchos “lugares de fuga” de hoy: el escepticismo, el cansancio espiritual, distanciamiento de la fe, o incluso una vida cotidiana que se vuelve refugio frente a una experiencia que dolió. Nosotros conocemos bien este desplazamiento, cuando lo que se esperaba no ocurre, se reconfigura la vida para no volver a esperar demasiado.

Entonces aparece Jesús, pero no lo reconocen. Ocurre lo mismo hoy. No es que Jesús esté ausente, se vuelve irreconocible bajo formas no esperadas. La cultura actual, muchas veces no tiene categorías para reconocer una presencia sutil. El paso al reconocimiento no es un acto mágico, como un milagro espectacular, es un proceso.

Primero, Jesús los deja hablar. Y en un mundo que muchas veces ofrece respuestas prefabricadas, inmediatas, este gesto es profundamente educador. Dios no interrumpe la experiencia humana, la acoge como es. Luego, “les explica las Escrituras”, no borra el sufrimiento, lo reinterpreta. Hoy, en que tantas personas buscamos sentido más que certezas, esta dimensión es crucial, saber que la fe no elimina las heridas, pero las hace legibles. Después viene la hospitalidad: “quédate con nosotros”. En una cultura individualizada, la experiencia de comunidad vuelve a ser el espacio donde lo divino se vuelve visible. Y finalmente, el gesto del pan partido, donde lo reconocen. Es en lo cotidiano, en lo compartido, donde lo trascendente se revela.

Hay algo muy actual en este itinerario, el reconocimiento llega al final. No en el momento del dolor, ni en el de la explicación, sino en el de la comunión. Esto interpela nuestra cultura que busca resultados inmediatos. El Evangelio sugiere otra temporalidad: la comprensión de la vida se da muchas veces “después”, cuando el corazón ya ha sido educado. Y entonces ocurre algo decisivo: los discípulos regresan a Jerusalén. Es decir, vuelven al lugar del conflicto, pero ya no desde la huida sino desde una nueva comprensión. Este movimiento final es profundamente significativo hoy, no se trata de escapar del mundo herido, sino de volver a él con otra mirada.

Contemplando la experiencia de los peregrinos de Emaús con Jesús, somos llamados a comprender que la fe no comienza con la claridad, sino con la confusión compartida, Dios no se impone en la evidencia, se insinúa en el camino; el sentido no se entrega como una respuesta, sino se descubre en un proceso; y el reconocimiento de lo sagrado acontece en lo más humano: una conversación, una mesa, un gesto de hospitalidad. ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 19 de abril de 2026